



Ratio Juris

ISSN: 1794-6638

editor.ratiojuris@unala.edu.co

Universidad Autónoma Latinoamericana
Colombia

Arias Soto, Yeimi Alexandra

La experiencia asociativa en clave de participación ciudadana el caso de la corporación
otraparte

Ratio Juris, vol. 9, núm. 18, enero-junio, 2014, pp. 153-176

Universidad Autónoma Latinoamericana
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=585761329008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA EXPERIENCIA ASOCIATIVA EN CLAVE DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA EL CASO DE LA CORPORACIÓN OTRAPARTE*

YEIMI ALEXANDRA ARIAS SOTO**

Presentado: marzo 13 de 2014 • Aceptado: mayo 7 de 2014

El proceso organizativo y/o asociativo es un ejercicio de ciudadanía constante [...] Las asociaciones constituyen un observatorio idóneo para analizar cuáles son los recursos cívicos movilizados por los ciudadanos de a pie, cuáles son las virtudes cívicas que valoran y cuáles son las consecuencias cívicas que desarrollan, en qué actividades cívicas de investigación y experimentación, de razonamiento y deliberación se comprometen y cuáles son las transformaciones de sus entornos éticos y políticos

Cefai, 2003, p. 94

Resumen

El ejercicio asociativo se prolifera en los contextos públicos a partir del siglo XVII, como una práctica de la burguesía naciente. En el siglo XX, con el cuestionamiento al Estado de bienestar que conduce al desencantamiento del poder estatal, el asociacionismo cobra fuerza como un ejercicio ciudadano por excelencia. Este crecimiento de las

* Producto de la investigación “Experiencias y prácticas de gestión cultural en organizaciones públicas y privadas para la construcción de ciudadanía en dos escenarios locales, Bello y Envigado”, realizada por los semilleros de investigación “Territorio” e “Interacciones” de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Investigadora principal Natalia Andrea Salinas Arango, Magíster en Historia y profesora titular de la Universidad Pontificia Bolivariana. Co-investigadoras Andrea Suarez y Yeimi Alexandra Arias Soto.

** Abogada de la Universidad de Caldas, candidata a Magíster en desarrollo de la Universidad Pontificia Bolivariana (con tesis sustentada), diplomada en Docencia Universitaria de la Universidad Autónoma Latinoamericana. yeimiarias@gmail.com

manifestaciones asociacionistas viene a relacionarse con un tipo de ciudadanía neorepublicana, que se ve avocada a la deliberación y al consenso, pero que a su vez se encuentra con una ciudadanía diversa y divergente, en el marco de un multiculturalismo identitario. La experiencia de la Corporación Otraparte como asociación voluntaria, no lucrativa, e inspirada en un pensamiento filosófico divergente, como es el del pensador antioqueño Fernando González, es la muestra de cómo el proceso asociativo puesto, en este caso, bajo la lente de la gestión cultural, es una práctica de construcción ciudadana que retoma algunos postulados neorepublicanos, pero que incuestionablemente se relaciona con un tipo de ciudadanía cultural que se resiste a las formas impuestas y restrictivas, así como a un tipo de participación representativa netamente formalista.

Palabras clave: Corporación Otraparte, asociacionismo, ciudadanía, gestión cultural.

ASSOCIATIVE EXPERIENCE FOR THE CITIZEN PARTICIPATION. THE CASE OF THE “OTRAPARTE” CORPORATION

Abstract

The associative exercise proliferates in public contexts from the seventeenth century, as a practice of the rising bourgeoisie. In the twentieth century, with the questioning of the welfare state leading to the disenchantment of the state power, the association gains strength as a civic exercise par excellence. This growth of the associationist manifestations comes to be related with a neorepublican type of citizen that is doomed to deliberation and consensus, but in turn, in the context of a multicultural identity is a diverse and divergent citizenship. Experience of the Otraparte corporation as non-profit, and inspired by a divergent philosophical thought voluntary association, such as the Antioquian thinker Fernando Gonzales, is the unity of the associative process since, in this case, under the lens cultural management is a

practice that takes some civic construction neorepublicans postulates, but unquestionably relates to a kind of cultural citizenship that resists imposed and restrictive forms, as well as a type of purely formalistic representative participation.

Keywords: Otraparte corporation, associations, citizenship, cultural management.

EXPERIENCE CLÉ DES ASSOCIATIONS DE PARTICIPATION CITOYENNE LE CAS DE LA SOCIÉTÉ OTRAPARTE

Résumé

L'exercice associatif prolifère dans des contextes publics du XVI^e siècle, en tant que pratique de la bourgeoisie montante. Au XX^e siècle, avec la remise en cause de l'Etat-providence conduit au désenchantement du pouvoir de l'État, l'association rassemble la force comme exercice civique par excellence. Cette croissance provient associationnistes manifestations pour rapporter neorepublicana type de citoyenneté qui est vouée à la délibération et consensus, mais à son tour, dans le contexte d'une identité multiculturelle est une citoyenneté divers et divergents. Découvrez la société Otraparte comme à but non lucratif, et inspirée par une pensée philosophique association volontaire divergent, comme Antioquia penseur Fernando Gonzales, est l'unité du processus associatif puisque, dans ce cas, sous l'objectif la gestion culturelle est une pratique qui prend les postulats de certains construction civique, mais incontestablement concerne un type de citoyenneté culturelle qui résiste imposées et restrictives formes, ainsi que d'un type de participation représentant purement formaliste.

Mots-clés: Corporation des associations Otraparte, la citoyenneté, la gestion culturelle.

ESPERIENZA ASSOCIATIVA IN TERMINI DI PARTECIPAZIONE CITTADINA IL CASO DELLA ASSOCIAZIONE OTRAPARTE

Resumen

L'esercizio associativo prolifera in contesti pubblici del XVII secolo, come pratica della borghesia nascente. Nel ventesimo secolo, con la messa in discussione dello stato sociale che porta al disincantamento del potere statale, l'associazionismo raccoglie forza come esercizio cittadino per eccellenza. Questa crescita delle dimostrazioni associazioniste viene a relazionarsi con un tipo di cittadinanza neo-repubblicana, che si è dedicata alla deliberazione e consenso, ma che a sua volta incontra una cittadinanza diversa e divergente, nel contesto di un multiculturalismo identitario. L'esperienza della associazione Otraparte come associazione di volontariato senza scopo di lucro e ispirata da un pensiero filosofico divergente, come è quello del pensatore Fernando Gonzáles di Antioquia, è la mostra di come il processo associativo utilizzato, in questo caso, sotto la lente della gestione culturale, è una pratica di costruzione cittadina che riprende alcuni postulati dei neo repubblicani, ma senza dubbio si relaziona con un tipo di cittadinanza culturale che si resiste alle forme imposte e restrittive, così come un tipo di partecipazione rappresentativa meramente formale.

Parole chiave: Corporazione Otraparte, associazionismo, cittadinanza, gestione culturale.

A EXPERIÊNCIA ASSOCIATIVA COMO CHAVE DE PARTICIPAÇÃO CIDADÃ. O CASO DA CORPORAÇÃO “OTRAPARTE”

Resumo

O exercício associativo prolifera nos contextos públicos a partir do século xvii, como uma prática da nascente burguesia. No século xx, com o questionamento ao Estado de bem-estar que levam ao desencantamento do poder estatal, o associacionismo pega força como um exercício cidadão por excelência. Este crescimento das manifestações associacionistas vem se relacionar com um tipo de cidadania neorrepública, que é dirigida à deliberação e ao consenso, mas que ao mesmo tempo se encontra com uma cidadania diversa e divergente, no marco de um multiculturalismo de identidade. A experiência da corporação Otraparte como associação voluntária, não lucrativa, e inspirada em um pensamento filosófico divergente, como é o do pensador *antioqueño* Fernando González, é uma amostra de como o processo associativo posto, nesse caso, sob a lente da gestão cultural, é uma prática de construção cidadã que retoma alguns postulados neorrepúblicanos, mas que sem dúvida é relacionado com um tipo de cidadania cultural que resiste às formas impostas e restritivas, além de um tipo de participação representativa netamente formalista.

Palavras chave: Corporação Otraparte, associacionismo, cidadania, gestão cultural

INTRODUCCIÓN

El presente artículo es producto de la investigación social-cualitativa “Experiencias y prácticas de gestión cultural en organizaciones públicas y privadas para la construcción de ciudadanía en dos escenarios locales, Bello y Envigado”. Esta investigación fue financiada por el Centro de Investigación para el Desarrollo y la Innovación de la Universidad Pontificia Bolivariana y realizada en trabajo conjunto por parte de dos semilleros de investigación de la misma universidad, el semillero “Territorio” y el semillero “Interacciones”.

El proyecto investigativo que dio origen a este artículo contó con tres categorías teóricas básicas de análisis, la gestión cultural, la ciudadanía y el concepto de organización. De allí, y a través del método cualitativo, fueron apareciendo otras categorías emergentes, como por ejemplo, el asociacionismo, que, como se verá, entra a jugar un papel importante dentro del presente artículo. En concordancia con el objetivo del proyecto se analizó la experiencia de la Corporación Otraparte del Municipio de Envigado, respecto a su papel como gestores culturales en la vía de la generación y el fortalecimiento de la ciudadanía, y la experiencia de la Corporación Cultural Semiósfera del Municipio de Bello.

El presente artículo se focaliza en la experiencia de la Corporación Otraparte del Municipio de Envigado, donde se relacionan tres de las categorías de análisis: la ciudadanía, el asociacionismo y la gestión cultural, dando mayor fuerza a la relación entre las dos primeras categorías. Para lograr comprender el ejercicio que desarrolla esta corporación, se recurrió a las técnicas de la entrevista semi-estructurada, la tertulia, el diario de campo y el rastreo de periódicos y documentos secundarios. Dicho proceso investigativo permitió establecer una relación entre el proceso de construcción de la corporación con el concepto teórico del asociacionismo, relación que trae como consecuencia la generación de un tipo de ciudadanía cercana al modelo republicano en algunas postulaciones teóricas, y lejana en otras cuando se relaciona con lo que contemporáneamente se ha denominado la ciudadanía cultural¹.

1 Es importante anotar que parte de la bibliografía aquí citada es producto del rastreo bibliográfico conjunto, realizado por todos los investigadores del proyecto.

REVISANDO LA TEORÍA: CIUDADANÍA Y ASOCIACIONISMO, DOS HORIZONTES REFLEXIVOS QUE ENCUENTRAN ASIDERO EN EL QUEHACER ORGANIZATIVO

El concepto de ciudadanía se ha dotado de contenido y de sentido, dependiendo del momento histórico y de la corriente de pensamiento que lo aborda. Por esta razón, se encuentra desde la posición liberal de la ciudadanía hasta la posición comunitarista de la misma. Vale decir en este punto que no se trata de encasillar el ejercicio organizativo y asociativo desarrollado por los fundadores, amigos y coadyuvantes del proceso de Otraparte, sino más bien de sentar un horizonte teórico flexible que permita comprender este ejercicio, de acuerdo a las pautas que del mismo se desprenden.

Desde la posición liberal, la ciudadanía ha sido entendida como el reconocimiento de los derechos civiles por parte del Estado frente a los partícipes del contrato social. De esta manera, el espacio político donde el ciudadano se vincula con el entramado de acciones públicas, con el fin de participar en la concreción de sus derechos y la consolidación del sujeto político, se ve limitado por una representatividad indirecta y por una democracia meramente representativa. En términos de Carracedo (2007), el modelo liberal, que encuentra como máximo representante a T. S Marshall, tiene dos falencias fundamentales, de un lado su postulado “igualitario”² que generó de manera contraproducente una violencia institucional que coartó las libertades y las diferencias, y en segundo lugar la ciudadanía política que se ve abocada a una posición pasiva, que se preocupa por sus derechos civiles pero no por sus obligaciones dentro de la comunidad política; hecho que permite que las élites tomen las iniciativas y las decisiones. Kymlicka (1996) señalan, en el mismo sentido, que la ciudadanía liberal se vio abocada hacia su misma revisión a partir de la necesidad de incorporar el pluralismo social y cultural creciente que se visibiliza en las sociedades actuales, reconociendo, sin embargo, que este tipo de ciudadanía posibilitó en su momento ampliar la condición de ciudadano más allá del individuo blanco, propietario y protestante.

De otro lado se encuentra la perspectiva neorepublicana (Carracedo, 2007), la cual insiste en la educación del ciudadano y en la expansión de la

2 Igualdad ante la ley, principalmente de los derechos civiles.

acción ciudadana hacia la praxis política en todas sus esferas. Por tanto, postula una configuración del sujeto político que va desde las virtudes cívicas, constituidas en virtudes públicas, hasta la capacitación para el autogobierno y la autonomía política colectiva e individual. Esta perspectiva tiene sus antecedentes en el modelo republicano romano, en el cual se elaboró paulatinamente un entramado institucional del que hacían parte: el senado, los cónsules y el pueblo.

Para Kymlicka (1996), este entramado se compensaba en función de los poderes recíprocos, (Estado-Sociedad) permitiendo una participación plural y un control espontáneo y efectivo. A lo anterior se le sumaba una preocupación ostensible por la educación legal e intelectual que garantizara una “correcta” organización política. Esto era posible en la medida en que el individuo le restaba valor a la vida privada y en su lugar le otorgaba un status preponderante a la vida política pública. En este orden de ideas la postura neorepublicana realiza, desde su formulación, una crítica a la posición liberal, pero sin desconocer la importancia del reconocimiento de derechos y específicamente de los derechos civiles como un avance en la doctrina jurídica pero también en la estructuración social.

Una tercera postura es planteada desde el comunitarismo, en ella se realiza una fuerte crítica y contraposición al modelo de ciudadanía liberal. En la misma se cuestionan los principios de la modernidad como el conjunto de instituciones, representaciones y simbolismos del liberalismo que posibilitaron el desarraigo, la fragmentación y la degradación de los valores comunitarios. En este orden de ideas promulga una recuperación del sentido de comunidad que termina por acercarse a la homogenización de los individuos y de las ideas. Carracedo (2007) lo ilustra claramente cuando indica:

En el comunitarismo fuerte los problemas se agravan al máximo, ya que el individuo es absorbido por su comunidad, a la vez que los grupos no inclusos en la comunidad hegemónica son conminados a asimilarse con sus pautas y valores bajo la amenaza de la marginación o la exclusión. La deliberación a su vez, cede a la autoafirmación de la mayoría hegemónica, que se expande también mediante la religión civil [...] El hecho del pluralismo cultural y social no pasa de ser un problema que ha de resolverse mediante mecanismos homogenizadores, no por la herencia de la ilustración (p. 78).

Las posturas que podrían llamarse contemporáneas suelen no encasillarse dentro de una u otra posición, sin embargo, se acercan o se distancian

de aquellas, en sus contenidos y formas. Así las cosas, para García (1995), autor contemporáneo, el ser ciudadano no puede reducirse al hecho de contar con unos derechos reconocidos por el órgano estatal. La concepción trasciende hacia las prácticas y quehaceres culturales que generan pertenencia y aprehensión de los territorios y de las identidades, en un marco pluricultural, donde los individuos se sienten semejantes a partir de su lenguaje, de sus acciones y perspectivas. En este sentido la ciudadanía es un concepto en “proceso constructivo y deconstructivo”, y no se refiere a una postulación formal por un órgano institucionalizado, por ello los derechos ciudadanos no importan como valores abstractos sino como algo que se construye, que genera pero también contradice discursos y prácticas. En el mismo sentido Martín-Barbero (2007) considera que la ciudadanía tiene que ver con:

El derecho a la participación en cuanto capacidad de las comunidades y los ciudadanos a la intervención en las decisiones que afectan su vivir, capacidad que se haya hoy estrechamente ligada a una información veraz, y en la que predomine el interés común sobre el del negocio, y segundo el derecho a la expresión en los medios masivos y comunitarios de todas aquellas culturas y sensibilidades mayoritarias y minoritarias a través de las cuales pasa la ancha y rica diversidad (p. 17).

Es así como las identidades-ciudadanas ya no se construyen por un reconocimiento institucional, sino a través de la negociación y del reconocimiento con y por los otros. Para Martín-Barbero (2007) lo esencial de la ciudadanía se encuentra asociado, actualmente, con el reconocimiento recíproco en lo que se encuentra: el derecho a escuchar y ser escuchado, a poder incidir en las decisiones que afectan a todos y a considerar el multiculturalismo como una ciudadanía que se haga cargo de las identidades y de las diferencias.

En este sentido, la ciudadanía, desde esta perspectiva re-fundada y re-contextualizada, es comprendida como la expresión simbólica de la territorialidad y orientación al futuro, compartida por una comunidad en la que se encuentran intereses y prácticas comunes a ciertos agentes sociales (Urán, 2002). Al estar dentro de un marco multicultural podrían identificarse múltiples tipos de ciudadanía como la ciudadanía cultural, política, social, global y ecológica. En este sentido la ciudadanía cultural no se restringe a la relación Estado-Ciudadano sino que incluye las relaciones entre los ciudadanos, es decir, la participación de la población en los grupos sociales a los cuales pertenece y con los que lleva a cabo sus prácticas cotidianas, sin que se haga

explícita la intervención directa del Estado y sus representantes. Rosaldo (2000) lo expresa como una manifestación del significado que implica el sitio donde se ubica el punto de vista del actor político. En términos de Aceves (1996), la ciudadanía cultural se relaciona con un proceso mediante el cual los sujetos individuales y colectivos se definen a sí mismos, expresan sus deseos y proclaman sus derechos (ver también Miller, 1997).

Este tipo de ciudadanía está profundamente relacionada con el concepto de gestión cultural, en cuanto esta es una estrategia que posibilita, desde la vida cotidiana, que los sujetos y actores puedan llegar a una concertación ciudadana, a la convivencia democrática, al reconocimiento de las diversidades y a la generación y recreación de identidades. La gestión cultural, en este sentido, conlleva la construcción de un modelo de desarrollo acorde a las dinámicas de la comunidad en la que se inserta, e implica la capacidad de movilizar a las comunidades para que asuman la cultura como espacio vital de participación, organización y decisión (Mejía y Jaramillo, 2003). Por ello la cultura se convierte en una referencia fundamental a la hora de indagar por nuevas formas de ciudadanía, y en esa relación entre ciudadanía y cultura se abren paso las acciones sociales establecidas por la gestión cultural, que luego se constituyen principalmente como una estrategia de intervención social (Swildler, 1996).

Para Cefai (2003), el debate entre republicanismo, liberalismo y comunitarismo sigue vigente dentro de las miradas contemporáneas acerca de la ciudadanía, como una reflexión sobre la relevancia y sobreposición entre democracia participativa y democracia deliberativa, pero esta vez permeadas por el asunto del multiculturalismo, la globalización, la identidad y la pertenencia. Elementos que encuentran asidero, fundamentalmente, en los procesos asociativos que están determinando los procesos ciudadanos. No puede asegurarse que el asociacionismo se relacione con una sola perspectiva de la teoría ciudadana, pues ello dependerá de la línea misma que decida acoger la asociación en concreto, sin embargo, autores como el mismo Cefai (2003) o Villaroya (2004) establecen una relación entre el republicanismo y el asociacionismo que ahora tendrá que reevaluarse a la luz de la ciudadanía cultural, diversa y plural.

La ciudadanía vista desde estas posiciones ha tenido distintas manifestaciones, tanto en procesos colectivos como individuales, y en diferentes niveles: políticos, sociales y económicos. El asociacionismo es una de estas manifestaciones que está íntimamente relacionada con la ciudadanía neorepublicana, en el sentido de contar con una población activa que participa en

la vida política-comunitaria, más allá de la democracia representativa y que otorga gran importancia a la vida colectiva. Pero al mismo tiempo tiene una relación con la ciudadanía cultural, que reconoce en asuntos como la identidad, la pertenencia y el multiculturalismo las formas y contenidos que dan vida y sentido a las expresiones ciudadanas.

El asociacionismo como concepto se remonta, si se quiere, a las primeras comunidades humanas, pero su proliferación en contextos públicos y políticos se produce en el siglo xvii y principios del siglo xix en América y en Europa. El espectro asociativo estaba constituido desde sociedades de amigos, sociedades académicas, cafés, sociedades literarias, logias de francmasones, hasta su ramificación y expansión en partidos políticos y sindicatos. Los largos procesos asociativos de estas organizaciones permitieron formar un movimiento sociocultural que avizoraba nuevos valores a través de espacios creados sobre el fundamento de la pertenencia voluntaria. Es importante mencionar que el proceso asociativo, en los términos anotados, significó la ruptura de las rígidas estructuras feudales hacia una naciente sociedad liberal, democrática y burguesa (Villaroya, 2004, p. 87).

El siglo xx, por su parte, estuvo marcado por un desencantamiento del modelo de participación formal establecido por el Estado de Derecho y por la democracia liberal. Se observa una desafiliación a los partidos políticos, una volatibilidad en el voto, y el surgimiento de movimientos revolucionarios que exigen modificaciones definitivas en los sistemas políticos. Con el “fracaso” del Estado de Bienestar y el resurgimiento de los postulados neoliberales en el ámbito económico, el papel del Estado desde la visión contractualista se ve cuestionado. Todo ello repercute en la revalorización del papel de la sociedad civil como encargada de subsanar los errores del Estado de Bienestar y de abarcar los sectores por el no considerados. En este sentido, la democracia participativa viene a complementar la clásica democracia representativa y a configurar una ciudadanía política activa al estilo republicano.

En este contexto el asociacionismo se erige como la forma por excelencia de la sociedad civil y de la ciudadanía en el sentido antes indicado. Algunas interpretaciones de este ascenso asociativo afirman que de una manera intencionada se trasladó la responsabilidad social del Estado hacia la sociedad civil en el marco del neoliberalismo. Interpretación que contrarresta la visión tradicional que ubica el papel activo de la sociedad civil como un claro y “totalizante” logro en términos de participación y evolución de derechos. Es así como Villaroya (2004) advierte que:

En el denominado “retorno de la sociedad civil” o la defensa de la construcción de la sociedad del bienestar frente al Estado, no se expresa solamente, ni siquiera de forma preponderante, un reconocimiento de la necesidad de constituir una ciudadanía madura, participativa y deliberativa que contribuya, mediante el ejercicio de la libertad de asociación, a la institucionalización de derechos y a la universalización del bienestar, sino un “endose hacia la comunidad” de las medidas para paliar los efectos perversos que resultan de la entronización del mercado como primer regulador social (p. 87).

Desde esta mirada, muchas de las organizaciones que han surgido en las últimas décadas no son más que el producto de una transferencia deliberada de las responsabilidades de la administración pública hacia la sociedad civil. Transferencia que no solo representa una delegación físicamente visible de servicios estatales, sino la imagen virtual y normalizante de que al Estado no tienen por qué exigírsele ciertas prerrogativas y acciones que ahora vienen a ser funciones de la sociedad civil.

Sin embargo, el asociacionismo definido como aquellas organizaciones o colectivos voluntarios de personas o grupo de personas que tienen un objetivo o fin común, tiene una relación directa con los procesos de formación y de participación ciudadana desde diferentes perspectivas (Orozco y Wallace, 2005). Desde una primera perspectiva los procesos asociativos traen consigo unos fines explícitos e implícitos que residen en las formas de ver y percibir el entorno por parte de las personas que conforman la asociación. En este sentido la organización, o el colectivo, se encuentra ligada a unas realidades de época, en la vía de responder a las exigencias de vida familiar, política y económica, en los ámbitos comunales, regionales o nacionales. Así las cosas, los procesos asociativos no pueden verse únicamente como un medio o instrumento para llegar a “algo” o “algún lugar”, sino como un fin en sí mismo: el desarrollo del individuo, del colectivo y de la sociedad. Para Orozco (2005) se trata de un proceso en el que: “Las personas verbalizan sus sentimientos y experiencias, comparten afectos y conocimientos, conjuran sus temores y expresan sus anhelos. Es a través de las distintas modalidades de convivencia, formales e informales, que la gente desarrolla sus ideas acerca del mundo y de la vida y, en especial, da sentido a los modos de vivir juntos y se proyecta a futuro” (p. 2).

Para Cunill (1997) la responsabilidad personal, la cooperación voluntaria, la solidaridad y la autolimitación son los ejes centrales del asociacionismo y de la ciudadanía que de allí se deriva. Para el autor este es el espacio

de la sociedad civil donde las personas establecen vínculos, se conectan y se responsabilizan por las acciones conjuntas. La voluntariedad y el trabajo gratuito es un elemento que habla de la participación activa y decidida que conllevan los procesos asociativos. Tomar la decisión libre de insertarse en los esquemas políticos, culturales y sociales de los territorios, como agentes activos que se responsabilizan de sus contextos, se relaciona directamente con la formación de un tipo de ciudadanía participativa, crítica y constructiva. La voluntariedad permite pensar, según Cunill (1997), en la generación de un espacio o un ámbito público del quehacer asociativo. Es decir, que el hecho de que varias personas se unan voluntariamente para seguir un fin común, implica que se trate de intereses públicos en un espacio público de trabajo, sin importar el carácter jurídico de la organización.

Las prácticas que se dan al interior de las asociaciones vienen cargadas de procesos de reflexión, discusión y acción a través de relaciones de reciprocidad, cooperación y polémica. En estos procesos los individuos se reafirman, se autodeterminan, se reconocen y se proyectan, en lo que sería la constitución de su identidad. De manera libre y consciente los miembros de las organizaciones imaginan alternativas para sus vidas y para sus comunidades. En esa relación con el otro se construye un nosotros, que de un lado fortalece la identidad individual pero a la vez forja una identidad colectiva de pertenencia. En términos de Cefai (2003), los individuos que se constituyen en sujetos dentro de las organizaciones:

Elaboran estrategias para alcanzar sus objetivos, controlan universos de recursos e información, entran en relaciones de poder y oposición, aprovechan oportunidades y superan la adversidad: utilizan su libertad de acción y “ponen las bases de nuevos comienzos”. Finalmente, pueden ejercer su capacidad de reflexión y crítica, se liberan de sus prejuicios y se distancian de sus creencias, adquieren un sentido del compromiso y del pacto, de la fiabilidad y la responsabilidad, se constituyen como sujetos autónomos, dueños de sus elecciones en ese espacio de intervalos que constituye el colectivo asociativo (p. 94).

Las prácticas sociales que de ellas resultan remiten a la solidaridad, el otro eje clave en el proceso de construcción de la ciudadanía. Es en el mundo de la sociedad civil donde la gente se conecta y se hace responsable una de la otra. De manera muy reiterativa las personas que hacen parte de las asociaciones están vinculadas o asociadas a diferentes grupos y colectivos de diferente índole en su comunidad. A la vez generan redes de trabajo y de apoyo en las que comparten trayectorias y experiencias que se vinculan

en la formación de una conciencia colectiva. Utilizando el término de C. H. Cooley (s. f, citado por Cefai, 2003), una especie de sociabilidad primaria se establece en esas redes de interconocimiento y de reconocimiento.

Tras el fin o el interés común que persiguen todos los miembros asociados se genera una serie de pertenencias, afiliaciones y fidelidades que van a respaldar esos bienes y servicios que se ven amenazados, o esas prerrogativas y espacios que quieren ser ganados. Esta perspectiva de los procesos asociativos, entonces, se relaciona con el desarrollo de la individualidad, desde, para y con el colectivo.

El asociacionismo como expresión ciudadana, abordada desde una mirada conceptual, permite hacer un análisis del quehacer de Corporaciones Culturales como Otraparte, considerando la experiencia que desde su proceso asociativo ha implicado la construcción de un tipo de ciudadanía, las vinculaciones y relaciones que los miembros de la corporación han generado en la vía de una solidaridad recíproca, la constitución de una identidad propia y la formación de una postura o tipo de pensamiento. Es así como Otraparte, desde su proceso de constitución, empieza a implicar un asociacionismo que se debate entre los tipos de ciudadanía antes renombrados y que a través de las estrategias de gestión cultural posibilita acciones que insertan modos de ser, de habitar y de participar en el mundo.

LA CIUDADANÍA DESDE OTRAPARTE

Para hablar de Otraparte es necesario hablar primero de Fernando González, filósofo, escritor y caminante antioqueño que inspiró a los fundadores de la corporación a crear un centro de cultura que se encargará de difundir la obra de este pensador.

Como bien se refiere en la página web oficial de la Corporación Otraparte (2011), Fernando González ha sido considerado uno de los más importantes pensadores del país del siglo xx. Nacido el 24 de abril de 1895 en Envigado Antioquia, proveniente de una familia de clase media, desde pequeño se inclinó por la lectura de los “autores prohibidos” como Nietzsche. Fernando González ha sido catalogado como un pensador “irreverente” que sentó las bases de un auténtico pensamiento filosófico a partir de la idiosincrasia colombiana, pero sobre todo a partir de la vida misma, del caminar constante por los imbricados avatares de las realidades de este país, marcado por el conflicto, la corrupción y la muerte, pero también por la búsqueda de la revalorización de “nuestras” propias perspectivas del mundo.

En tal sentido, el pensamiento de Fernando González critica la imitación de los modelos provenientes del exterior por parte de los políticos, turistas y escritores colombianos, y de ahí formula, como alternativa, la recuperación de las raíces y la exaltación de la identidad y la pertenencia propia. He aquí una primera relación con la ciudadanía cultural a la que se hizo alusión en el acápite conceptual de este artículo.

Hoy en día Otraparte es la entidad encargada de preservar y difundir el legado y la memoria del maestro antioqueño Fernando González. El territorio físico donde se ubica actualmente fue adquirido por el filósofo en 1937, y en 1940 empezó a edificar su casa con la ayuda de algunos de sus amigos más cercanos, entre ellos: el arquitecto Carlos Obregón, el cual fue el encargado del diseño, Félix Mejía Arango (Pepe Mexía), encargado de delinearla, y Pedro Nel Gómez, el maestro de la obra. A la finca inicialmente se le llamó la huerta del alemán. Después de algunos años Fernando González comenzó a pensar en mudarse a otro sitio fuera de Colombia, pero al no encontrar nada que se ajustara a sus requerimientos decidió quedarse en su finca y bautizarla con el nombre de Otraparte. Para Henao (2008):

El simbolismo que entraña Otraparte fue considerada en su época por los conciudadanos del maestro como una denominación novedosa y tenida como signo de rebeldía. Efectivamente representa, ante todo, la evocación del vivir a la enemiga (“¿Por qué afirmo que vivo a la enemiga? Porque he luchado contra todo lo existente”). Denota, por tanto, una actitud de independencia, de distanciamiento social y de búsqueda de sí mismo; e incluso, en lenguaje metafísico, el escenario escogido para continuar la realización existencial de ese “irse yendo”, que por lo demás define de modo tan preciso la vida del hombre.

Otraparte quedó en manos de la familia tras la muerte de Fernando González. “Fernandito”, uno de los hijos, es quien se encarga por mucho tiempo de preservar la casa, como un legado de su padre. Tras la muerte de Fernandito, en el año 2001, el hijo menor de Fernando González y ex gobernador de San Andrés y Providencia, Simón González, decidió crear un ente que se encargara de la casa y de la obra de su padre, así que delegó esta responsabilidad en dos sobrinos: Lucas González Flórez y Pedro Ángel González, quienes eran también nietos de Fernando González. Ellos decidieron buscar ayuda en Gustavo Restrepo, un antropólogo que había dedicado gran parte de su vida a estudiar las obras de Fernando González y se había encargado de difundir y conservar el legado del filósofo antioqueño de forma independiente por medio de su página web creada desde 1999.

Un año tardó la planeación para el inicio de la Corporación y antes de su apertura Lucas decidió publicar un aviso en el periódico *El Colombiano* informando e invitando a la comunidad a formar parte de la asamblea de constitución de Otraparte. El 10 de abril de 2002 se constituyó la asamblea de la Corporación Otraparte, día en el cual Fernandito cumplía su primer aniversario de muerte. La asamblea contó con cincuenta y siete integrantes, entre ellos algunos importantes empresarios de la ciudad dispuestos a brindar apoyo. Ese mismo día Sergio Restrepo Jaramillo asistió en compañía de algunos de sus amigos de Stultifera Navis³ y fue elegido como presidente y Gustavo Restrepo como director. Dicha corporación nació con dos objetivos principales: preservar y dar a conocer la obra de Fernando González y crear un parque cultural para beneficio de la comunidad.

En los primeros años de la corporación fue Gustavo Restrepo quien se encargó de abrir la casa y atender a los pocos visitantes que llegaban al lugar. Con el transcurrir de los días el público visitante empezó a incrementarse y entre Sergio y Gustavo se planteó la idea de tener actividades culturales, así que se inició con la proyección de cine en compañía de Eladio Cañas, que tenía una “empresa” denominada Cine Andariego. En el año 2004 asesinaron a Eladio dejando el futuro de cine andariego comprometido, pero Sergio tomó este espacio para hacerse responsable de él, lo cual contribuyó a que comenzara a pensarse en invitar autores literarios y grupos de música constituyendo una agenda cultural más cercana a lo formal y continuo.

En vista de que los recursos económicos de la Corporación eran escasos, los miembros directivos de la corporación tuvieron la idea de abrir el Café Otraparte, y para ello en el año 2006 arrendaron una casa al lado de la Casa Museo donde pudieran ubicarlo. Este se concibió, al igual que la Librería Otraparte, inaugurada el 16 de febrero de 2010, como una idea para alivianar los gastos de la Casa Museo y aportar cultura a los municipios de Envigado y Medellín. Posteriormente, la Corporación comenzó a elaborar programas y proyectos culturales por medio de Cine Andariego con el Municipio de Medellín proyectando películas en distintos lugares culturales del Valle de Aburrá.

Actualmente, la Corporación está involucrada en diversos proyectos con el Municipio de Medellín y con otras entidades, ha participado en gran-

3 Centro cultural llamado La nave de los sueños. Fue constituido en Envigado por Sergio Restrepo Jaramillo.

des eventos como la Fiesta del Libro, los Juegos Suramericanos, el bicentenario, el Festival de Cine sin Fronteras, el Festival de Cine de Cartagena y su último proyecto fueron los talleres literarios Relata. Todo esto ha hecho parte de un engranaje sociocultural y educativo que va más allá de las expresiones que surgen de ella, como el propio Cine Andariego o los talleres literarios, lo cual permite entrever cómo la Corporación Otraparte ejerce una clara labor de gestión cultural alejada del concepto de industria cultural en el plano del mercado. Este tipo de gestión potencia el quehacer humano, lo que “es” desde una visión ontológica, la forma como se relaciona con los demás, la forma como se organiza, promoviendo el fortalecimiento de su comunidad. El gestor cultural de la Corporación Otraparte potencia un ciudadano pensante, libre y creador, función que según Martín-Barbero (1996) se constituye en la finalidad principal de la gestión cultural en un sentido amplio, más allá de la cultura relacionada con las artes y las letras.

La Corporación Otraparte emerge a partir del relacionamiento que empieza a desarrollar un grupo de personas inspiradas por un ser y un pensamiento que logra permitir el establecimiento de una conexión o vínculo. Es interesante usar la expresión emerge para el caso de la Corporación, porque es efectivamente a partir del encuentro y el diálogo entre varios elementos físicos, conceptuales, filosóficos y subjetivos, que transcurren por pensamientos y por personas, que se crea un “ser” nuevo relacionado con el nosotros. Esta emergencia es característica en los procesos asociativos como manifestación ciudadana, en cuanto posibilita la creación de un ser distinto a las partes.

Este caminar de creación y recreación de la corporación está marcado por el ejercicio voluntario y libre, movido por intereses que se distancian de lo lucrativo. Ello se evidencia en las motivaciones de sus fundadores, muchos de ellos ligados desde lo familiar a Fernando González Ochoa, pero casi todos estudiosos de su pensamiento filosófico y de su caminar. Gustavo Restrepo, mucho antes de participar en la fundación de Otraparte había destinado su vida al desarrollo de una página web dedicada al pensador antioqueño, lo cual manifiesta per se una conexión libre con los posteriores fines que vendría a tener la Corporación. Conexión intelectual que se puede observar, además, a través de las entrevistas y tertulias realizadas con Gustavo y Sergio. Aspecto que se evidencia también en los demás cofundadores de esta asociación.

Posteriormente se constituirían los demás aspectos propios de la teoría asociacionista que genera ciudadanía. La cooperación, la solidaridad, la

conexión y la responsabilidad por las acciones conjuntas se establecen a lo largo del caminar que implica la construcción de un proyecto colectivo, entre los miembros de la Corporación. Solo de esta forma es posible pensar en la generación de ciudadanía, primero dentro de los mismos participantes del proceso asociativo, luego con los interlocutores externos del proceso, que termina por representar el interés público que deviene de ese sentido de cooperación, solidaridad y conexión inicial entre los miembros. Cefai (2003) lo postula en el siguiente sentido.

La palabra asociativa suelta paulatinamente sus amarras de proximidad de las que aleja sus objetos y objetivos para desplegarse en tercera persona y dirigirse a públicos generales. Los procesos de movilización, participación y representación en asociaciones cívicas permiten que abunden los vínculos entre ciudadanos corrientes, sin presunción de estatus social, cultural o religioso. Les dan puntos de acceso a formas de experiencia pública, iniciándolos en modos de reciprocidad y también de transitividad que van más allá de la toma y daca y apuntan hacia un bien público (p. 97).

¿Pero con qué tipo de ciudadanía se relaciona más directamente este quehacer asociativo identificado en corporaciones culturales como Otraparte? La teoría republicana podría ser la respuesta, según el mismo Cefai (2003), si se piensa en el ciudadano republicano como alguien que participa decididamente en la configuración de su sociedad a través del debate, la deliberación y el consenso colectivo. En la teoría republicana de la ciudadanía los conceptos de consenso, acuerdo, unidad del público cívico e identidad común cobran un sentido de alta importancia. De ahí que el trabajo colectivo evidenciado en las asociaciones se identifique con la búsqueda del acuerdo político que favorece la garantía de derechos formales y materiales para el conglomerado.

Sin embargo, esta perspectiva de la ciudadanía ha sido criticada por dos postulaciones puntuales en su estructura teórica. La primera tiene que ver con la homogenización que deviene como consecuencia de la importancia prevalente del acuerdo, muchas veces, por encima de las particularidades y diversidades. La segunda crítica tiene que ver con la división pública-privada de la perspectiva republicana que se hace mucho más tangible y necesaria (Miller, 1997). Lo anterior se debe a que, en algunos casos, cuando los ciudadanos salen al espectro político para participar conjuntamente con sus conciudadanos encuentran que es necesario abocarse a una decisión colectiva que impide que su diversidad privada entre a jugar un papel en la deliberación pública.

Por lo anterior, el ejercicio ciudadano que se plantea desde la Corporación Otraparte no puede enmarcarse totalmente en la perspectiva republicana o neorepublicana, sería necesario recurrir a una visión de la ciudadanía pluralista y diversa, cercana a la ciudadanía cultural. En este punto, entonces, es necesario retomar los postulados de García (1995) y Rosaldo (1999) para observar de qué manera en el entramado asociativo de la Corporación Otraparte se evidencia un tipo de pensamiento particular pero diverso dentro de la multiplicidad de pensamientos sociales, que configuran una identidad propia. Esta identidad por tanto caracteriza el ejercicio ciudadano de Otraparte y lo diferencia, en el ejercicio público, de otros tipos de ciudadanía, dentro del marco de la ciudadanía multicultural.

En este sentido, la práctica ciudadana que desde la condición asociativa, pero también desde el ejercicio de gestión cultural, desarrolla Otraparte no pretende aunarse a una ética-política generalizada y homogénea sobre lo que significa el bien público o el interés general, como la tradición republicana ha postulado. Por el contrario, la práctica ciudadana de la Corporación proviene de una arista divergente, que cuestiona la homogenización de la ética-pública, los modelos preestablecidos y la negación de las identidades diversas, en concordancia con la obra filosófica de Fernando González. Rosaldo (1999), de alguna manera, coadyuva esta posición cuando refiere que la ciudadanía cultural no puede equipararse con la cultura ciudadana, pues ésta busca un establecimiento generalizado y homogéneo sobre la ética pública, sobre los códigos de ocupación y pertenencia de los espacios públicos y sobre las definiciones sociales.

Así, aunque la Corporación Otraparte no tiene dentro sus programas una propuesta explícita que se dirija a la formación de ciudadanía activa, por ejemplo, o al fortalecimiento de las capacidades democráticas, a partir de su accionar en el campo propio de la cultura ha posibilitado que sus miembros, constructores y reconconstructores hagan parte de una red que les ha permitido empoderarse como actores solidarios, responsables del colectivo e interlocutores con lo público, y que se haya movilizado un tipo pensamiento intrínseco en la obra de Fernando González que ha conllevado en los actores externos la creación de una opinión propia, dándoles la capacidad de adoptar posturas y de argumentarlas. Aquí no importa mucho alcanzar un tipo de consenso racional de acuerdo a principios y procedimientos, sino lograr considerar la multiplicidad de perspectivas que puede tener una situación; aspecto que conlleva una mirada epistemológica diversa y crítica, necesaria para la generación y el fortalecimiento de la ciudadanía.

La crítica más contundente que hasta el momento se le ha planteado a la perspectiva asociacionista, según Villaroya (2004), tiene que ver con la tendencia de las asociaciones a tomar un sentido empresarial, desde la mirada del mercado. Frente a esta postura la Corporación Otraparte ha logrado mantenerse al margen de esta cooptación. Podría pensarse que los servicios cobrados por la Corporación, como el Café Otraparte, pueden ser cercanos a este modelo de asociaciones de mercado. Sin embargo, este ha sido un medio para obtener recursos en el espectro de la presión financiera que viven muchas de las organizaciones sin ánimo de lucro en el mundo. Sumado a ello, la Corporación ha logrado mantener su independencia identitaria frente a las relaciones que mantiene con entidades gubernamentales y no gubernamentales. Independencia que según los críticos del asociacionismo es uno de los mayores síntomas que permite ver qué tanto una asociación se acerca al modelo empresarial, puesto que las asociaciones parcializadas modifican su quehacer programático y de ahí su objetivo de acuerdo a los intereses de una industria o de un sistema gubernativo.

El proceso de creación y consolidación de la Corporación Otraparte, desde la perspectiva del asociacionismo, es una manifestación ciudadana por excelencia, en la que se encuentran diferentes posturas políticas, sociales y culturales, que en últimas generan un espacio de visibilización y participación. El ejercicio que allí se realiza no puede delimitarse en un tipo rígido de ciudadanía, pero puede estar cercano en algunos aspectos a la teoría republicana, en asocio con lo colectivo, el consenso, el acuerdo, y la democracia participativa, sin embargo, esta visión se queda corta frente a la necesidad del análisis multicultural y a la defensa del pensamiento y la posición heterogénea y divergente que se deriva de la acción de corporaciones como Otraparte.

CONCLUSIONES

El concepto de ciudadanía ha tenido un proceso evolutivo inevitable. Este proceso ha sido generado de manera adaptativa a las condiciones político-económicas de la época, por ejemplo, las establecidas por las denominadas revoluciones burguesas del siglo xvi, y en otros casos como una respuesta al fracaso de modelos estatales. Pero también las construcciones conceptuales de lo que significa la ciudadanía han permitido transformaciones contextuales históricas. Es así como los individuos, los colectivos de personas y las asociaciones propiamente dichas, son las que construyen y dan dinamismo al quehacer ciudadano, desde su perspectiva teórica y práctica.

La Corporación Otraparte ha posibilitado un ejercicio ciudadano particular, que si bien tiene elementos de los modelos ciudadanos teorizados, está permeado por un tipo de pensamiento “auténtico” muy claro en la obra de Fernando González. En este sentido, el encasillamiento en el que en muchas ocasiones se somete a la acción ciudadana y en este caso al ejercicio asociativo limita los alcances y los horizontes prospectivos de este accionar, máxime en una sociedad contemporánea que se debate entre la pluralidad identitaria, la diversidad cultural y el pensamiento divergente.

Así las cosas, el asociacionismo se erige como una forma de construcción del territorio, si se entiende el territorio como una construcción histórica que se crea y recrea a partir de pensamientos, simbolismos, representaciones, políticas, necesidades y perspectivas de futuro (Zarate y Artesi, 2007), las cuales se establecen a través del relacionamiento social. Son las asociaciones las que influyen en las políticas públicas de las administraciones locales y nacionales, pero también son ellas las que generan ciertas prácticas y dinámicas ciudadanas que pueden ir desde construcciones simbólicas acerca de lo que es el Estado, la política y la ética pública, hasta posturas ideológicas frente al sistema económico y pensamiento crítico. Todas ellas manifestaciones que vienen a construir relaciones diversas entre los individuos, expresadas en el colectivo que ocupa un espacio determinado.

Es necesario, además, evaluar el ejercicio asociativo como una manifestación ciudadana en los contextos actuales y específicamente en el ámbito latinoamericano. Lo anterior en el marco de las transformaciones políticas y culturales que vienen presentado estos países, por ejemplo, con el tema de los presupuestos participativos, el reconocimiento de estados plurinacionales y sociedades multiculturales, así como en el encuentro que se suscita entre la revalorización de lo local, lo indígena, lo afro y lo global y occidental.

En este contexto las asociaciones cobran cada día mayor relevancia pues son ellas quienes ponen en el espectro socio-político, a través de diferentes dimensiones: cultural, económica y ambiental, discusiones acerca del imaginario de sociedad que tienen las personas, como individuos pero también como colectivo, y a su vez, construyen en sí mismas redes de trabajo que cualifican la posición de sus participantes en el ejercicio ciudadano. Sin embargo, es fundamental no perder de vista varios asuntos que tienen que ver, en primer lugar, con el tipo de relacionamiento que estas asociaciones pueden llegar a tener con el Estado, como redes con posición y presión política, en un marco multicultural y globalizado; en segundo lugar, el tema del fortalecimiento asociativo como un interés estatal para transferir parte

de su responsabilidad a la sociedad civil, en lo que sería una visión cercana al modelo de corresponsabilidad Estado-Ciudadano, instrumental al sistema neoliberal.

El quehacer ciudadano en la perspectiva asociacionista, entonces, podrá ser la manera en que el sistema económico logre cooptar al Estado para sus intereses, permitiendo que se libere de sus responsabilidades sociales, pero también podrá ser la forma de realización de principios como la solidaridad, la reciprocidad y la relacionalidad que vienen cobrando fuerza en las propuestas contra hegemónicas como el Sumak Kawsay o Suma Kamaña, o en propuestas de desarrollo local resignificadas en la diversidad del territorio; ello dependerá del sentido y el relacionamiento que las asociaciones asuman frente al Estado, como generadoras de cierto tipo de pensamiento crítico o como veedoras de la actividad estatal.

En el caso de la Corporación Otraparte se trata de la generación de lazos de solidaridad y reciprocidad entre los miembros y amigos de la Corporación, los cuales posibilitan por se la emergencia de un tipo de ciudadanía responsable y crítica a partir de un tipo de pensamiento como el del pensador Fernando González Ochoa, pensamiento que se inserta en la actividad cultural desarrollada por la Corporación, y que hacia el exterior permite la difusión de una postura “rebelde” y divergente. Todo ello posibilitado a través de estrategias de acción de gestión cultural que incorporan hábitos, sentimientos, pensamientos y visiones de mundo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aceves L. (1996). *Ciudadanía ampliada. La emergencia de la ciudadanía cultural y ecológica*. México: Ciesas.

Carracedo, R. J. (2007). *Teoría crítica de la ciudadanía democrática*. Madrid: Trotta.

Cefai, D. (2003). “Acción asociativa y ciudadanía común ¿la sociedad civil como matriz de la res publica?”. En: J. Benedicto y M. Morán (comp.). *Aprendiendo a ser ciudadanos. Experiencias sociales y construcción de la ciudadanía entre los jóvenes*. Madrid: José Ortega y Gasset.

Corporación Otraparte (2011). *Historia de Otraparte*. Recuperado 30 de Octubre, 2013 de: <http://www.otraparte.org/casa-museo/historia.html>.

Cunill, N. (1997). *Repensando lo público a través de la sociedad*. Caracas, Venezuela: Nueva Sociedad.

García, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.

Henao, J. (2008). *Fernando González, filósofo de la autenticidad*. Medellín: L. Vieco e Hijos Ltda.

Kymlicka, W. (1996). *Ciudadanía multicultural*. Barcelona: Paidós Estado y Sociedad. Recuperado 14 de febrero, 2012 de: <http://www.uruguayeduca.edu.uy/Userfiles/P0001/File/Las%20pol%C3%ADticas%20del%20multiculturalismo%20caps%20II%20y%20III.pdf>.

Martín, J. (1996). “La necesidad de pensar e investigar las instituciones de cultural” [Conferencia pronunciada el 28 de agosto de 1996 en la Universidad de los Andes] [grabación].

——— (2007). “Tecnicidades, identidades, alteridades: desubicaciones y opacidades de la comunicación en el nuevo siglo”. En: D. de Moraes *et al.* (comps.). *Sociedad mediatizada*. Barcelona: Gedisa. Recuperado 30 de mayo, 2013 de: http://www.infoamerica.org/documentos_pdf/martin_barbero1.pdf

Mejía, G. y A. Jaramillo (2003). *Gestión cultural y planificación cultural*. Medellín: Gobernación de Antioquia, Dirección de Fomento a la Cultura de Antioquia.

Miller, D. (1997). “Ciudadanía y pluralismo. Aproximaciones teóricas: Estado”. *Ágora*. Núm. 7, pp 73-98. Recuperado 12 de febrero, 2013 de: <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/miller.pdf>.

Olmos, A. L. (2009). “Tejiendo desarrollo”. En: H. A. Olmos. *Gestión cultural y desarrollo: Claves del desarrollo*. España: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

Orozco, D. y G. Wallace (2005). “El papel del asociacionismo en la construcción de ciudadanía”. Recuperado 20 de junio, 2013 de: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/nicaragua/uca/encuen71/orozco.doc>

Rosaldo, R. (1999). “Ciudadanía cultural, desigualdad, multiculturalidad.” *El bordo: retos de frontera*. Núm. 3. Tijuana, México: UIA.

——— (2000). “La pertenencia no es un lujo: procesos de ciudadanía cultural dentro de una sociedad multicultural”. *Desacatos*. Núm. 3, pp. 1-13. Recuperado: 15 de abril, 2013 de: <http://www.redalyc.org/pdf/139/13900305.pdf>.

Swidler, A. (1996). “La cultura en acción: símbolos y estrategias”. *Zona abierta*. Núm. 77, pp. 27-162.

Urán, O. A. (2002). Ciudadanía y juventud. Constitución de los jóvenes en sujetos ciudadanos. *En revista de estudios sobre juventud*. Año 6, Núm 16, pp. 150-159.

Velásquez, F. y E. González (2003). *¿Qué ha pasado con la participación ciudadana en Colombia?* Bogotá: Fundación Corona.

Villarroya, A. N. (2004). “Asociacionismo, ciudadanía y bienestar social”. *Papers*. Núm. 74, pp. 85-110. Recuperado 10 de marzo, 2013 de: www.raco.cat/index.php/Papers/article/download/25795/25629.

Zárate, R. y L. Artesi (2007). “Ciudadanía y territorio, crítica y construcción para iniciativas de desarrollo endógeno”. En: L. Artesi *et al.* (coords.). *Ciudadanía, territorio y desarrollo endógeno: Resistencia y mediaciones de las políticas locales en las encrucijadas del neoliberalismo*. Recuperado 5 de marzo, 2013 de: http://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=j0o3tffBftcC&oi=fnd&pg=PA13&dq=territorio+y+ciudadan%C3%ADa&ots=4Xo318NjCC&sig=18RtuJUU-jKzfLp7LpE_3fyba1U#v=onepage&q=territorio%20y%20ciudadan%C3%ADa&f=false